

za en la mano para pesar la atraccion, y aún descubrir las invariables leyes à que están sujetos en sus órbitas los astros y planetas? Y ya que no tomeis por vos misma el justo castigo, inspiradme por lo menos el valor necesario, y concededme los auxilios que demanda una empresa tan árdua y tan ruidosa. Dijo, y apenas lo hubo dicho cuando tembló la tierra, y aseguran que hacia la parte del Occidente se divisó un relámpago: anuncios al parecer favorables, y nada equívocos de la asistencia poderosa que nos queria franquear la naturaleza.

Yo entretanto levanté los ojos al cielo, y ví (¡ó prodigio inaudito y que hasta el día me llena de júbilo y contento!) ví, digo señores, en lo mas alto de los cielos, à donde no llegan las exhalaciones impuras de la tierra, inmensos globos de fuego puro, y desde entonces conozco el justo motivo con que Roselli quiso colocar en esta parte la esfera del fuego. El sol, este brillante astro destinado para presidir al día, me pareció mas hermoso; y si la imaginacion no me burló, ví que rasgando el luto de que se habia cubierto, acaso porque estos innovadores le habian sujetado à las leyes comunes de los cuerpos sublunares, comenzaba à aparecer sin manchas. Lo cierto es que produciendo este grande lumínar un mayor número de entidades de luz, distintas de todo lo que es materia, que sucediéndose unos à otros sin interrupcion, llegaban instantaneamente à la superficie de la tierra, la cubrian y llenaban de una asombrosa claridad. Con el auxilio de esta luz resplandeciente pude registrar à mi satisfaccion la naturaleza y substancia de los cielos, y observé puntualmente en ellos señales nada dudosas de su incorruptibilidad. Las esferas en que los astros forman sus revoluciones son de tan fino y tan hermoso cristal, que su grueso no impide el paso à la luz de las estrellas. Advertí que las superiores tenian cierta especie de accion en las inferiores, y aun me pareció ver à los angeles destinados para dar movimiento à todos estos cielos. Conté todas las esferas, y mas hubiera visto si los clamores, gritos y patadas de nuestros compañeros no me hubiesen robado enteramente la atencion.

Efectivamente, ya sea que el demonio de la disputa les hubiese comunicado su funesto espíritu de contradiccion; ya sea que para prepararse al combate hubiesen querido ensayarse en esta especie de escaramuzas literarias: su voceria se podia oír, no digo en la distancia en que estaban los mo-

ernos, pero aún à mucho mayores, en los mismos cuernos de la luna. Unos disputaban: si en caso de dibujar la forma substancial entitativa del huron, se debería pintar del mismo color, del propio tamaño y figura que el huron. Otros pretendian averiguar: si el rio Acheloo, cuando transformado en toro acometió al invicto Alcides su rival, y este le despojó de un cuerno, perdió su forma substancial bicorne para tomar la de unicorne ó unicornio, que todo es uno. Tal se afanaba en inquirir: si la razon y la esperiencia deberían prevalecer à la autoridad aristotélica; ó si al contrario Aristóteles habia adquirido ya un título justo de prescripcion contra ellas. Cual se desgañitaba, probando que el Estagirita no habia sido hombre, sino un ángel enviado por la naturaleza para enseñarnos todo lo que puede saberse en esta vida mortal. Y era tanto el ardor y empeño que habian tomado en esta contienda, que ni las persuaciones de Roselli, ni mis razones y consejos eran suficientes para sosegarlos un solo punto. Nuestros contrarios, asombrados de una griteria tan estraña é intempestiva, se informan secretamente del motivo que la ocasionaba, y noticiosos de él, no es decible cuanto se burlaron de nosotros y de la seria discusion de tan pueriles disputas. Uno de ellos (por lo que supe despues) indefectiblemente menos filósofo que bufon, exclamó en estos términos. Tate, tate, malandrines que yo os conozco. Vosotros sin la menor duda sois descendientes por línea de varon de aquellos ínclitos filósofos, que para usar de la frase de un amigo mio, se empleaban en otros tiempos en indagar: *Utrum*, si Dios criase un número infinito, este seria par ó impar? Vosotros, no me cabe duda, contais infaliblemente entre vuestros ascendientes à aquellos candidos varones que quisieron privar de la sepultura eclesiástica al célebre astrónomo Scheiner, no menos respetable por su virtud que por su doctrina, por haber hallado entre sus ajuares un microscópio que teniendo dentro un escarabajo, les representaba un formidable monstruo, armado de terribles hastas, y que reputaron sin mas examen ser un espíritu familiar. Y por parte de madre no podeis menos de tener un parentesco muy cercano à aquellos otros que en los mismos siglos tenian por mágicos à todos los que sobresalian en las matemáticas. Yo apuesto, señores, ciento contra uno, que si les presentamos algunas figuras de esta facultad, y les ponemos à la vista ciertas máquinas, han de huir de nuestra

presencia con mas ligereza que una liebre cuando se ve acosada y perseguida de los galgos.

Aprobaron todos el proyecto de su compañero, y tomando el uno un barómetro, el otro la máquina neumática, el tercero una multitud de figuras y los restantes otra porcion increíble de instrumentos y botellas, se encaminan á toda prisa al lugar señalado; ordenan sus máquinas, disponen sus figuras, y mientras los nuestros tenian la vista clavada en todas estas cosas, y se decian unos á otros al oido: *no tiene duda, sino que todos esos prodigios se obran por via de encantamiento; pues á no ser así ¿como era posible que en ese cañon suba el azogue á 27 pulgadas solamente, cuando en fuerza de su natural horror al vacuo debia subir á mayor altura?* Entretanto, digo, el que hacia de gefe en el partido opuesto, tomando una vocina prorrumpió en una voz horrorosa, que aturdió nuestras cabezas y lastimó nuestros oidos, en estas palabras: este es el verdadero modo de argüir, y no los ridiculos sofismas con que vosotros quereis enredar todas las cosas y alucinar á los ignorantes.

Nuestros socios, nada acostumbrados á semejantes bur-las, comenzaron á temblar, y seguramente hubieran tomado la fuga, á no haberlos detenido una espantosa ojeada de Roselli. El astuto contrario que vió frustrado su primer proyecto, apela á otro segundo. Hace una seña á sus compañeros, y tomando estos inmediatamente unas botellas, aplican al aire que encerraban una vela, el que habiendo prendido [¡caso espantoso y que hasta ahora me eriza los cabellos, y me cubre de un mortal horror!] como si las botellas fuesen otras tantas bocas infernales, vomitan con esplosion llamas de fuego. Aquí entonces los nuestros: aun á los gritos, decian, estamos habituados, y por eso tal vez no hemos ensordecido al horroroso estruendo de esa trompeta; mas del fuego y de las llamas hemos huido tanto toda nuestra vida, que por no acercarnos á ellas no nos hemos dedicado á las operaciones químicas.

Y dirigiendo la voz á Roselli: vos, añaden, si quereis salvar vuestra vida, huid en nuestra compañía, y poneos á cubierto de la furia de estos mágicos y hechiceros. Pero este héroe incomparable, lejos de acobardarse de semejante peligro, parecia que hacia gala de hallarse en él. Cobardes, les gritó, si no teneis valor para disputar con el enemigo la victoria, defeneos por lo menos á ser testigos de la terca y obstinada resistencia de un digno discípulo del

Peripato. Nosotros tambien la haríamos, respondieron ellos, si esta contienda hubiese de ser con otros hombres como nosotros; mas con magos y encantadores *abrenunciamus; vae fugite partes adversae* (1).

¿Cuales os parece, señores, que fueron las carcajadas de los enemigos al ver la fuga de nuestra tímida grey, y el afan y ahinco con que su pastor la llamaba, y queria reducirla á los términos de su deber? Baste deciros que nuestro ilustre gefe se vió acometido de un fuerte baido ocasionado de la cólera que le habian causado la arrogancia y desvergüenza de los contrarios. Mas volviendo á mi asunto principal, no bien se recobró de este accidente, cuando se le rodea un enjambre de estos charlatanes, Un tal Habela y Patiño fué el primero que comenzó el ataque, y el que le estrechaba con mas viveza, sin dejarle tiempo ni aun de respirar. Despues de haberle preguntado con sonrisa ¿cuantos bueyes habia sacrificado al nûmen tutelar de las matemáticas por el admirable descubrimiento que acababa de hacer en ellas? Continuó el ataque en estos términos y con la misma socarroneria. *¡Pobres geómetras! Todos hasta aquí habeis tenido por artículo de fè matemática, que para formar un ángulo son necesarias dos lineas, como que el ángulo, segun vuestra definicion, es la abertura formada por dos lineas que concurren en un punto. ¡Pobres geómetras! Sabed, miserables, que hay ángulos formados por una sola línea: sicut linea recta magis est una quam linea habens angulum. ¿Y qué dirémos, añadió, de aquella otra proposicioncita en que con tono magistral y lleno de confianza, preguntais á los lectores que quien dirá que el aceite gravita encima del agua, porque si gravitara se hundiera en vez de nadar? ¡Adecuada idea por cierto de la gravedad! Con que un gran peñasco no gravita sobre la tierra, porque no se sepulta en ella: un navio no gravita sobre el agua,*

(1) Esta espresion se dirige unicamente al abuso de algunos escolásticos que introdujeron tanto escorcismo sin que la iglesia haya dado su aprobacion. El Ilmo. Sr. Feijoo ya trató largamente sobre el particular. Se intenta ridiculizar á los escolásticos que han sido la fuente de tanto abuso. La escolástica hizo olvidar el estudio de la verdadera teología, el de la práctica eclesiástica; confundió el dogma con las particulares opiniones. ¿Tanto escorcismo inventado contra el verdadero cuito, á quien debe atribuirse? A la escolástica, que á todo franqueaba campo para disputar, para decidir. *Nota del autor de la Gaceta de literatura.*

porque no se vá à fondo? Supongamos que se os manda mudar de sitio un pesadísimo facistol: os abrazais con él; pero con todas vuestras fuerzas no lograis el intento. Duro, pues en vuestras espaldas, porque no forcejais? ¡Ah señor (esclamariais entonces)! ya forcejo y prueba de ello es el haber hecho saltar el libro que estaba encima del facistol; sino que este tiene mas peso que el que pueden levantar mis fuerzas: y así por mas que forcejo, no lo puedo mudar. Pues ¡ah señor! el aceite gravita encima del agua, y prueba de ello es haber hecho saltar el aire que estaba encima, sino que el agua tiene mas gravedad que el aceite, y así aunque este gravita, no puede echarlo de su lugar (1).

A este tenor, señores, continuaron proponiéndole tantas dificultades y estrechándole tan vivamente, que teniendo ya la cabeza perdida por una parte, hallándose aturdido por otra de sus voces, y mas que todo indignado de su aitañeria, no fué difícil que le repitiese de nuevo su primer accidente, como en efecto le sucedió, cayendo en tierra de espaldas: ¡oh dolor! Pero aun no es esto todo. Apenas le vieron caer, cuando se dirigieron hácia mí, sin permitirme aun el triste consuelo de levantarlo. Vos, me dicen, si no os quereis ver en la misma situacion, confesad aqui, luego al punto, que vuestra filosofia es una vana gerigonza de palabras: una confusa algaravia de términos oscuros y enigmáticos: un cúmulo de sutilezas y de errores. Yo entonces: blasfemos. ... ¿qué digo? Ilustres y generosos modernos, que llevais en vuestros estandartes gravada la divisa de la libertad: tened á bien que un anciano que está ya casi á las puertas de la muerte, goce del mismo derecho de libertad porque tanto habeis suspirado y reclamado en las ciencias naturales. Permitidme llevar á la sepultura las mismas ideas y doctrina de que he estado imbuido desde mi infancia. No me envidieis, os lo suplico, las firmes esperanzas que estas me prometen, de dejar una numerosa posteridad de insectos, cuando apoderándose de este cuerpo mortal la forma cadavérica, se siguiere inmediatamente á ella la putrefaccion, fecunda madre y origen de estos inocentitos animales. ¡Ah inhumanos! ¿Quereis que despues de haber logrado la fama de profundísimos filósofos: despues de haber dictado tantos párrafos en nuestras cátedras para instruccion de la juventud, volvamos á la edad de la niñez á co-

(1) Apol. univ. pág. 134 en el apéndice.

menzar de nuevo nuestros estudios? ¿Qué gloria os puede venir, decidme, de insultar á unos hombres. ¿vencidos quereis decir? dijo á este tiempo el único compañero que nos habia quedado de todos los cobardes que nos desampararon. Yo el inferior de todos los escolásticos, sin embargo de tener las especies muy remotas, y hallarme en una edad tan abanzada, soy capaz de demostrarles, que las observaciones y esperiencias que tanto nos ponderan, y sobre las que desean erigir el monumento de su gloria, son unas observaciones falsas, incompletas y defectuosas. Y si no, respondedme, temerarios. Una de vuestras observaciones se reduce á persuadirnos que la luz emplea casi el término de ocho minutos para bajar desde el sol á la superficie de la tierra: mas para conocer su poca exactitud, baste ver los términos en que se halla concebida. Tarda, decis, casi ocho minutos; ¿y esta misma palabra casi no demuestra al ojo lo poco que habeis confiado en semejante cálculo (1), y su ninguna exactitud?

Lo mismo digo de aquel otro decantado cálculo de Mariote, que nos habeis propuesto mil veces con tanto aparato y satisfaccion. Una simple esperiencia arruina enteramente el ímprobo é inútil trabajo que se tomó este filósofo, que tanto ensalzais, y confirma con mas claridad que la luz del mediodia el acierto con que nuestros heroes han atribuido al mar el origen de las fuentes y los rios. Perdonadme, señores, si llevado del escésivo deseo de manifestaros los últimos esfuerzos que se emplearon en la defensa de nuestra causa, me ha obligado á referiros por menor con tanta prolijidad, y acaso de un modo poco correspondiente á una oracion, todos los recursos á que apelamos para sostener de algun modo el honor de nuestra escuela. ¡Ay de mí! El estado en que me hallo no me ha permitido tomar otro

(1) ¡Sofisma ridiculo é insufrible aun en la boca de un principiante! Si fuera lícito eludir la fuerza de las demostraciones con semejantes respuestas, no habria disparate que no pudiera defenderse. La duda de los astrónomos en esta parte lo mas que indica es la dificultad de formar un cálculo exacto; pero todos convienen en que los eclipses de los satélites de Júpiter, cuando este se halla en su menor distancia de la tierra, se verifican antes de lo que correspondia por el cálculo, y al contrario en su mayor distancia, despues de lo que se esperaba por el cálculo: ¿por qué causa, sino porque la luz, teniendo que correr mayor espacio, necesita de mas tiempo para llegar á la superficie de la tierra?

denguaje, y tal vez ni conservar el propio tono con que habia comenzado. El mismo ímpetu del dolor me arrastra sin advertirlo, y me hace hallar no se qué especie de consuelo en la triste é individual narracion de nuestras pasadas desgracias. Con efecto, confínó mi compañero, mil hombres arrojados que han fiado sus personas á la inconstancia de las hondas, aseguran de acuerdo que en lo interior de los mares se observan enormes montañas de agua. ¿A qué fin, impios, sino para que desde una altura tan elevada, puedan con facilidad comunicarse sus aguas á las mas altas montañas de la tierra? Y bien que hasta ahora no se haya descubierto la cañeria subterránea..... (1) ¿qué es lo que haceis, infeliz, le grité al ir á esponer sus congeturas sobre estas pretendidas cañerias, ó con quienes pensais estar disputando, querido Anselmo? ¡Ay de mí! No está la defensa, ni son defensores como vos, los que necesitamos en las presentes circunstancias. Si la escolástica pudiera sostenerse, y nuestros males admitiesen aun algun remedio, hubiera sido infaliblemente por aquellos medios de que con tanta prudencia se ha valido nuestro incomparable Roselli. Creedme: la suerte, la suerte cruel y terrible ha determinado ya irrevocablemente la ruina de nuestra filosofia, y el único recurso que nos queda en tan triste situacion, es el gemir inútil y secretamente nuestra desgracia. Confesémonos ¡ó Dios! ¡y han de pronunciar mis labios unas palabras tan vergonzosas! Bastante, señores os he significado con mi turbacion. Teneis cedido el campo de la disputa. Si esto confesais, responden ellos, quedaos con Dios: llevad en hora buena vuestros caprichos y extravagancia á la sepultura.

Dicho esto comienzan á recoger sus detestables màquinas y diabólicos instrumentos, y yo entretanto, habiendo encargado á mi compañero el cuidado de todo lo necesario para conducir á nuestro ilustre gefe, acudo prontamente á socorrerlo. Lo levanto del suelo; registro su pulso, y semejante á una madre que ve al único hijo que le ha quedado, en cama, casi en términos de espirar, lo abrazo, le llamé mil veces por su nombre, y aun me ví tentado otras tantas de conjurar á la muerte para que me llevase en su compañía. En una palabra, señores, para no abusar mas tiempo de vuestra paciencia, despues de mil lamentos y sóllo-

(1). ¿No es muy graciosa esta soñada comunicacion del agua por debajo de la tierra? Mas yo no quiero perder el tiempo en refutarla.

zos, el cielo hubo de restituirlo á mis súplicas. Amado Roselli, le digo, ¿qué funesto é imprevisto accidente te iba á separar en un momento de nuestra compañía? ¡Pluguiese al cielo, me replicó, que jamás hubiera saludado los primeros elementos de la filosofia peripatética! ¡Ay infeliz! ¡Quien me hubiera dicho que este habia de ser el triste prêmio de mis afanes, de mis tareas y fatigas literarias! No: yo no puedo sobrevivir mucho tiempo á mi desgracia. Una pronta muerte vá á dar fin á todos mis pesares, y acabar la amargura de mi vida. Si vosotros os interesais como verdaderos amigos en mi felicidad, no volvais á mentar en mi presencia ni aun el nombre solo de las escuelas.

Con efecto, señores, desde esta tarde funesta parece que la tristeza y melancolia fijaron su asiento en su semblante. Su dolor adquiria de un instante á otro nuevos grados de intensidad; y por último llegó á tener en pocos dias tanto incremento, que por fin hubo de ceder á su dolor. La maligna parca..... ¡ó Dios! Compadeceos, señores de mi quebranto, y permitidme, por lo menos esta vez, no espresaros con toda claridad lo que vosotros infaliblemente ya habeis comprendido. Roselli, nuestro incomparable Roselli, dejó de gozar la hermosa luz del dia. Nuestras aulas se cubren al mismo tiempo de un funesto luto. Unos profundos ayes y suspiros suceden á los clamores que antes reinaban en nuestras cátedras con ocasion de nuestras disputas. Todo era llantos, todo gemidos. Mas ¿qué sollozos son estos que han herido mis oidos, y qué denotan esas lágrimas que veo correr con tanta abundancia de vuestros ojos? ¡Ay de mí! Enjugad, señores, vuestro llanto, y ya que no podais sufocar enteramente vuestro pesar, procurad encubrirlo por lo menos cuanto sea posible. Ya me parece que veo á Tácito presentarse en este noble congreso reprehendiendo vuestra poca constancia, y recordandoos aquella màxima suya, de que á las mugeres les es honesto llorar cuando muere alguno; pero que á los hombres les corresponde acordarse del que murió. Advertid, os ruego, que toda la secta estoica condena vuestras lágrimas, y no dudará escluirlos sobre la marcha del catálogo de los sábios, si llega á descubrir el tierno sentimiento de que os hallais tan vivamente penetrados.

Mas ¡ó Dios! Vuestro dolor no se acomoda á las máximas de tan austera filosofia, y por un efecto asombroso, pero natural de la sensibilidad que reina en nuestros corazones, vuestros lamentos han penetrado hasta lo interior de

mi alma, y han apurado ya mi constancia y sufrimiento. Una secreta turbacion ha embargado mis potencias. Mi garganta anudada apenas me deja libertad para articular las palabras. Mis ojos anegados en mis lágrimas, ya no permiten distinguir los objetos que me cercan. Ahora vengo à conocer cuan infundados y poco naturales son estos bárbaros dogmas de la insensibilidad y de la indolencia. Llorad, compasivo auditorio: llorad à mares sin hacer el menor aprecio de tan extravagante y quimérica doctrina. Vuestro llanto es demasiado justo; y yo mismo, que poco antes os eshortaba à lo contrario, os conjuro al presente à ejecutarlo, dándoos sin rubor el ejemplo con mi llanto.

La muerte de Roselli fué tan sensible para todas las escuelas en que se enseñaba la filosofía peripatética, que en el término de un mes no se oyó un solo grito en ellas. Se asegura que poco despues de haber espirado, algunos de sus apasionados sospechaban que no estaba verdaderamente muerto sino encantado, y que lo mas conveniente era buscar entre sus amigos alguno que se aviniese à llevar veinte y cinco mil azotes para su desencanto. Pero esta noticia no está bien atestiguada, y estoy creido que sin duda la fingió algun moderno bufon para divertirse. La academia roselliana, para perpetua memoria y en prueba de su gratitud, creyó deber proponer dos premios, y convidar secretamente à todos los literatos interesados en su gloria, de cualquiera pais que fuesen, à fin de animarlos à componer dos epitafios, uno en idioma latino y otro en toscano en honor de su ilustre presidente. Entre varios merecieron el premio los dos siguientes compuestos por D. José Velazquez, y que se hallan gravados en su sepulcro.

*Veteris, unicae, atque verae
Scholasticae philosophiae instaurator
Celeberrimus Rossellius*

*Invido fato mortalibus ereptus
Ingenti bonorum omnium luctu,*

Et scientiarum detrimento

Hic situs est.

Sic humana omnia transeunt.

Dic viator,

Requiescat in pace.

El que resucitó la verdadera

La antigua, la única filosofía,

Y supo combatir con osadía

La turba de modernos altanera:

El que del Peripato columna era,

Gloria de aquella secta y alegría,

Yace debajo de esta losa fría,

Víctima triste de la parca fiera.

Mas à pesar del hado y del olvido,

Su fama llegarà à ser sempiterna

En los augustos fastos de la historia:

Su nombre en duros broncees esculpido

Presentará à las aulas siempre tierna

Del invicto Roselli la memoria.

Ciertos motivos, el ejemplo de autores de primer orden movieron à publicar la oracion fúnebre de Roselli como traducida del italiano, lo que no es asi: es produccion pensada, escrita y publicada por un americano, jóven de mucho talento. No tendrá porque arrepentirse de haber compuesto pieza que en su género iguala à muchas de las aplaudidas. [*Nota del autor de la Gaceta de literatura.*]



Analisis del curso filosófico de Celis.

Como uno de los objetos principales de la Gaceta de literatura se dirige à la instruccion de la juventud, ha parecido oportuno dar noticia al público del escelente curso filosófico formado por el R. P. Isidoro de Celis, Religioso Camilo, para el uso de sus discípulos en el colegio de Lima de Santa Maria de la Buena Muerte. El fin del autor, segun se espresa, fué dar à los jóvenes un compendio de filosofía en el que se hallasen reunidas al mismo tiempo la brevedad y claridad, tan necesarias en este género de obras. Convencido por la esperiencia de que las obras voluminosas, lejos de escitar la curiosidad y atencion de los jóvenes, ordinariamente los cansan y fatigan, y deseando vivamente inspirarles aficion y gusto al estudio de una facultad tan útil y recomendable, se dedicó à escribirles una obra, que careciendo de todo lo superfluo é inútil, esplicase breve-